



Por Ramón Bello Bañón

Cabañeros es como una jaqueca cuya crisis se anuncia cuando la lucidez mental es más notoria. De golpe, ¡zas! El martilleo de la migraña es capaz de dejar al arrastre al más templado. Cabañeros es como una jaqueca que ahora llena la mitad de la cabeza socialista de la región, y que ha puesto en marcha, al tiempo que la legítima defensa ecológica y pacificadora de nuestro entorno, contradicciones y notorias y notables reacciones dignas de aquel semanario llamado *La Codorniz*, la revista más audaz para el lector más inteligente.

Yo comprendo los dolores de cabeza que a nuestro bien amado y felizmente reinante presidente Bono debe producirle el solo nombre de Cabañeros. Acaba de decir en Guadalajara que estaría dispuesto a dimitir, y la dimisión es para los políticos de hoy —los políticos españoles, se entiende— un término obsoleto e inimaginable, que sólo tiene vigencia en el diccionario de la Academia y en las voces airadas de los manifestantes.

Cabañeros es un nombre que lleva en sí la polémica desde la primavera del año 1983, precisamente unos pocos meses después del abrumador triunfo socialista en las urnas. Fue entonces cuando se conoció el proyecto gubernamental de instalar un amplio y seguro campo de tiro. Lo que fue arma dialéctica para algunos no instalados aún en el poder regional, ha sido después motivo de contradicción y de quebraderos de cabeza.

A resolver el problema ha acudido nada menos que la Fundación Cultural "Castilla-La Mancha", que ha elaborado y publicado un alegato defensivo muy superior al hecho público por la Comisión por la Paz y el Desarme. La defensa de la fundación se basa en algo tan poco bélico como la de significar (Cabañeros) uno de los escasos restos representativos de la vegetación mediterránea, que antaño cubrió el 80%



del territorio peninsular. Ese grito de Cabañeros-Mediterráneo está pidiendo un Serrat manchego que cante la *pluriestratificación*, el *ciolo edafogenético de las pizarras* y que evite el *estepizado* en el *dominará una rala vegetación pirófila de cantuesos, apulagas, jarales y brezales rastrojos*".

Más acá de la terminología entrecomillada, y del peligro que el campo de tiro va a suponer para cigüeñas negras, lince, ginetas y meloncillos (dicho esto sin ánimo de señalar y con el

máximo respeto para todos), la nota de la fundación es más literaria que la de la Comisión por la Paz en la que destacan en mayúsculas OTAN, EEUU, repetitivamente expuestas al tiempo que se vapulea, cual es costumbre expresiva de los partidos firmantes, al Gobierno.

Todo el desencadenante ha venido por la entrega de cien millones de pesetas a los propietarios de Cabañeros, por parte del Ministerio de Defensa, como señal para la adquisición de los terrenos.

Un grupo apellidado Taray, que se autodenomina Colectivo Ecologista, ha sido concluyente al decir que "ante este panorama y ya que la ambigüedad y los vaivenes que ha demostrado el Gobierno en este tema desde el principio no nos convencerán y a estas alturas molestan sobradamente, lo menos que podemos hacer los que estamos en contra de la instalación del campo de tiro en Cabañeros, incluso en la posible alternativa, es no fiarnos ni un pelo y mantenernos alerta de ahora en adelante".

Aparte de que las buenas intenciones de Taray son compatibles con la pobreza idiomática del comunicado, que tampoco el buen ecologista tiene que ser un buen gramático, comprendo la migraña del poder regional. Cabañeros es más, mucho más, que un dolor de cabeza.

Otra vez Cabañeros